

ESPERANDO LA TRANSFORMACION AGRARIA

"La transformación agraria del país está en marcha y se trabaja aceleradamente para realizar sin precipitaciones, pero también sin retardos, en una sucesión planificada, que al mismo tiempo que significa la liberación real de los hombres del campo, fortalece sustancialmente la economía del país".

Todos recordamos estas palabras, fuertes y claras, que pronunció el Presidente de la República el 15 de septiembre de 1975. Al oírlas, nadie dudará de la intención de hacer una transformación agraria en el país que tiene el presente gobierno.

"Estamos dispuestos a defender la transformación nacional por todos los medios, utilizados de acuerdo a las acciones de quienes traten de frenarla".

El primer paso de esta transformación nacional sería, como nos lo han explicado posteriormente, la transformación agraria. Para convencer a los escépticos o recalcitrantes, el Presidente de la República manifestó claramente en la misma ocasión que la instancia de poder más decisiva en la vida política nacional, la institución de la Fuerza Armada, respaldaba e impulsaba con su prestigio y su fuerza real la transformación agraria. Esto lo decía, según parece, para disipar las falsas esperanzas de quienes, oponiéndose al designio del gobierno, pensaban que el Ejército no apoyaría las reformas.

"... y que la Fuerza Armada, emanada del seno mismo del pueblo salvadoreño, no sólo respalda, sino que participa consciente y activamente en el proceso de transformación nacional". "Nuestros jefes, oficiales, miembros de los cuerpos de seguridad y soldados son de extracción rural y están a la par de sus hermanos campesinos, empuñando con una mano el arado y con la otra el arma, como herramienta para defender las conquistas populares conseguidas a través de su gobierno".



Ocho meses después de haberse pronunciado estas palabras, todavía no se ha puesto en ejecución el primer proyecto de la transformación agraria. Todavía esperamos el cumplimiento de la promesa terminante y clara, formulada repetidamente por todos los ámbitos de la República, que tantas expectativas —aunque de signo opuesto— ha despertado en los diversos estratos de la población. Todos esperamos; los unos temerosos ante este “seguro de vida” que no han pedido o críticos porque la promesa se queda corta; los otros ilusionados con que la Ley del ISTA sea verdaderamente el “Acta de su independencia”. Pero, a los ocho meses de haber oído el trascendental discurso del 15 de septiembre de 1975, y siempre a la espera de que comience la transformación agraria, muchos comienzan a preguntarse: ¿Será verdad? ¿Será esta promesa de liberación del capitalismo feudal, que impera en nuestra agricultura, una promesa más para el acervo secular de engaños que ha configurado la desdichada suerte de nuestros campesinos? otro invento fracasado misteriosamente como el de 1973?

Suponer que el Presidente mintió intencionadamente el 15 de septiembre de 1975 y todas las demás veces que prometió la transformación agraria, es una solución, además de insultante, demasiado simplista y fácil como para explicar adecuadamente la situación real.

Los datos objetivos son: primero, una promesa de reforma agraria, formulada en términos tan claros y tajantes que comprometen al Presidente y a la Fuerza Armada ante la opinión pública, nacional e internacional, sin posibilidad de interpretaciones o excusas. Y, segundo, una demora en cumplir lo prometido que no concuerda con la determinación y firmeza de las formulaciones.

Creemos que la explicación de estos hechos básicos reside principalmente en dos factores: en la oposición de los grupos afectados, que parece resultar más eficaz de lo que se calculaba, y en las vacilaciones por parte del gobierno sobre las formas de propiedad que se deben adoptar en los proyectos.

El gobierno —sospechamos— está temeroso ante los mecanismos económicos que quienes hoy controlan la economía del país profetizan se desencadenarán necesariamente con las reformas, o amenazan con desencadenar intencionadamente. La respuesta del gobierno tiene que ser doble: analizar técnica y calmadamente las mal profetizadas consecuencias económicas de la transformación agraria, que son, en gran parte, meras racionalizaciones del desacuerdo —lógico— de la oligarquía agraria y oponer amenazas contra amenazas. En concreto, el ampliar el ámbito de propiedad del sector público a las finanzas y la exportación para controlar efectivamente las decisiones económicas vitales al país. Si el gobierno actúa de otra manera y continúa consultando, discutiendo



do, negociando sin fin, verá debilitarse su posición, dará nuevos datos y elementos de juicio a la oligarquía que irá forjando una estrategia tan sólida y refinada, que acabará matando sobre el escritorio del Presidente los proyectos mejor elaborados.

En cuanto a la forma de propiedad a adoptar en los proyectos, el gobierno tiene que ser flexible y no pronunciarse necesariamente por soluciones unilaterales. Habrá que determinar en qué casos la propiedad privada es más conveniente y en cuáles la comunal más aconsejable. Ninguna de las dos está libre de inconvenientes ni desprovista de ventajas. Las soluciones son además modificables hasta cierto punto y, con la experiencia ganada en el desarrollo del proyecto, se podrían transformar la una en la otra o viceversa. Lo cierto es que con discusiones teóricas no se va a zanjar la cuestión, y hasta que no se pongan en marcha los proyectos no se sabrá quién tenía razón o más razón. Mientras los ministros no se pongan de acuerdo, la forma de propiedad que seguirá reinando en el campo será precisamente aquella que todos están de acuerdo —o así lo declaran— en eliminar.

Esperando la transformación agraria, aumentan las expectativas de cambio, que ya no se podrán frustrar una vez más— sin radicalizar al campesinado a grados insospechados. El gobierno ha desencadenado entre el campesinado una dinámica de expectativas, ilusiones, deseos y ambiciones, que si no encuentra su reposo natural en las promesas cumplidas, se convertirá en una avalancha que quizás ni el propio gobierno que la generó podrá contener.

